

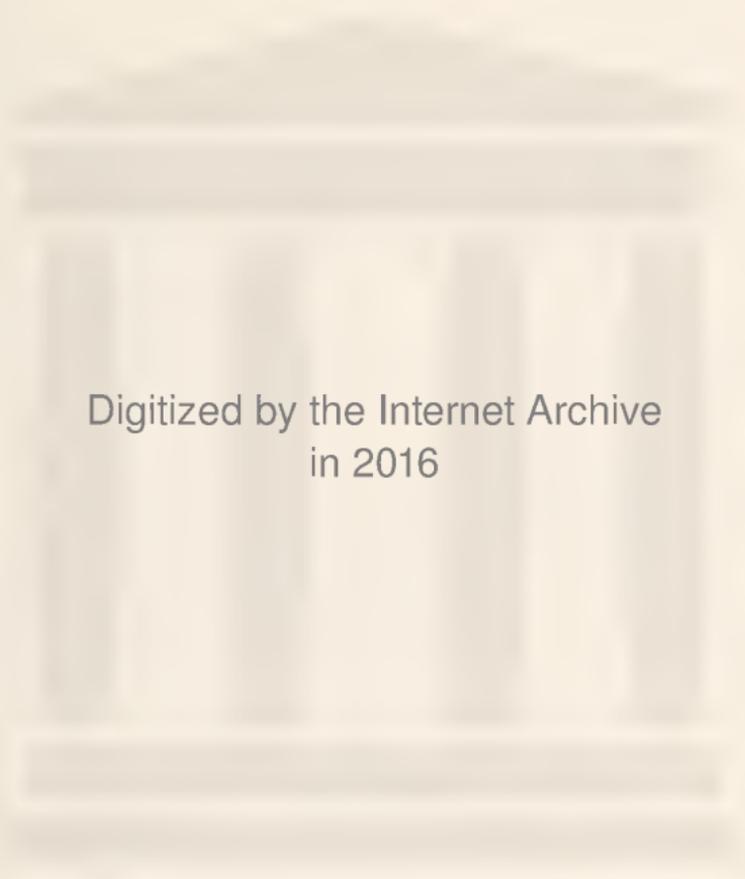
PERIODICALS

PER
BX
1427
.A1
P483
no.
69-145



PER BX1427.A1 P483

Pentecostes.



Digitized by the Internet Archive
in 2016

<https://archive.org/details/pentecostes7019apos>

P

LAP



EL DIARIO COSTA RICENSE

Epoca 3a.

Núm. 70

1° de Octubre de 1950



M. R. P. Juan Manuel Gutierrez M. Sp. S., Director General
Delegado de los Apostolados de la Cruz y del Espíritu Santo.



Vida Espiritual

COMULGUEMOS BIEN

— X —

LEGA al fin el momento de la comunión; antes de hablar de él, hagamos dos advertencias.

1º—El momento litúrgico para recibir la sagrada comunión es dentro de la Misa y después de la comunión del sacerdote y, a ser posible, con hostias consagradas en esa misma misa (1).

La razón es manifiesta, puesto que la comunión no es otra cosa que la participación del Sacrificio; primero, participa del sacrificio el sacerdote y después, por su ministerio, los fieles.

Por eso la comunión, aunque no es parte esencial, sí es parte *integrante* del Sacrificio, a tal grado que si el sacerdote consagrara sin comulgar, pecaría gravemente. Y si se viese gravemente impedido o imposibilitado de hacerlo, otro sacerdote, aún cuando no estuviera en ayunas, debería completar ese sacrificio, comulgando las especies consagradas.

Aunque los fieles que asisten a la Misa no tienen obligación, como el sacerdote, de comulgar; se comprende sin embargo la gran conveniencia que hay en hacerlo; pues, así como no asisten a la Misa como simples espectadores, sino que ofrecen el sacrificio en unión con el sacerdote; así también, deben participar como el sacerdote en ese sacrificio en el cual han tomado una parte tan activa.

Sin embargo, acomodándose la Iglesia a las exigencias de la vida actual, de una actividad febril y de un constante ajetreo, y para no privar a los fieles de la recepción frecuente

(1) En el altar donde está expuesto el Santísimo no se puede dar la comunión a los fieles. Por consiguiente, cuando por privilegio se celebra la Misa en ese altar, hay que dar la comunión, antes o después de la Misa, en otro altar.

de este Sacramento; ha permitido que se guarden las hostias consagradas, no sólo para administrar el Viático a los enfermos, sino también para dar la comunión a los fieles, aún fuera de la Misa.

De manera que el sacerdote puede administrar la comunión a los fieles durante todas las horas del día en que es lícito celebrar la santa Misa y aún la Iglesia concede privilegios especiales para administrarla hasta la puesta del sol (2).

2º—Los fieles deben tener muy presente que la comunión no produce su efecto sacramental sino cuando la hostia ha sido deglutida. La razón es que este Sacramento fué instituido bajo la forma de alimento y el alimento no nutre sino cuando se come. Ahora bien, no se dice que un alimento se come cuando simplemente se conserva en la boca, sino cuando se traga o deglute.

Por consiguiente, una persona que conservara en la boca la sagrada hostia hasta que se deshiciera, no percibiría el fruto de la comunión.

La saliva, en efecto, no es simplemente un líquido lubricante que facilita la deglución del alimento masticado, sino que es un verdadero jugo digestivo que puede digerir algunos alimentos, como la harina, en nuestro caso. Puede, por tanto, su acción prolongada causar la corrupción de las especies eucarísticas, lo que por este nuevo motivo frustraría también el efecto de la comunión.

* * *

El sacerdote, después de haber comulgado en la Misa, bajo las especies de pan y vino, se vuelve al pueblo e implora para todos los fieles que van a comulgar el perdón de los pecados:

“Que el Dios omnipotente tenga piedad de vosotros, os perdone vuestros pecados y os conduzca a la vida eterna. Así sea”.

“Que el Señor omnipotente y misericordioso os conceda el perdón, la absolución y la remisión de vuestros pecados. Así sea”.

Toma en seguida el copón y elevando la sagrada hostia repite las palabras de San Juan Bautista cuando vió por primera vez a Jesucristo:

“He aquí al Cordero de Dios. He aquí al que borra los pecados del mundo”.

Y después, repite tres veces las palabras del Centurión que los fieles deben repetir en secreto, golpeándose el pecho (3).

(2) Este privilegio lo tienen, por ejemplo, los sacerdotes que pertenecen a la Liga de la Comunión frecuente y diaria.

(3) No se debe golpear el pecho con fuerza ni ruidosamente, pues no se trata de una penitencia corporal, como la disciplina por ejemplo, sino de un gesto simbólico con el cual significamos la contrición interior.

Por consiguiente, el golpe de pecho litúrgico no se da con la mano empuñada ni con la palma de la mano, sino con la extremidad de los dedos unidos.

: “Señor, yo no soy digno de que entres en mi morada, pero basta que digas una palabra para que sane mi alma”.

Finalmente, el sacerdote se acerca a cada uno de los fieles y, haciendo la señal de la cruz con la sagrada hostia, dice:

“¡Que el Cuerpo de Nuestro Señor Jesucristo guarde tu alma para la vida eterna! Así sea”.

* * *

El momento en que Jesucristo se encuentra presente en nuestra alma de la manera más real y verdadera es un momento cuya sublimidad excede a toda inteligencia creada y sería capaz de causar envidia a los mismos ángeles...

En la triste monotonía de nuestros días grises es un momento de cielo... No puede haber otro más provechoso, más santificador y que de suyo contenga delicias más exquisitas.

En ese momento poseemos al mismo Dios que poseeremos en el cielo. Ciertamente que entonces lo poseeremos de distinto modo, es decir, rasgados los velos de la fe y libres del temor de perderlo; pero el tesoro que poseemos es absolutamente el mismo. Por eso nuestra alma en ese momento y en todo rigor de la palabra se convierte en un cielo...

Además, en esos breves momentos, de alguna manera la comunión produce su efecto propio y peculiar, que es *la transformación en Cristo*.

Toda la vida cristiana está orientada hacia esa meta sublime. La logramos plenamente, definitivamente, sólo en el cielo; acá en la tierra, de una manera imperfecta pero habitual, llegan a esa cima excelsa las almas santas por medio de la gracia llamada por los místicos “*la Unión transformante*”.

Pero antes de llegar a esa cumbre, la comunión es lo que con más eficacia va realizando poco a poco esta transformación. “*El alimento eucarístico —dice un Santo Padre— alimenta al cristiano para transformarlo*”.

Pero, además de esta lenta transformación que de una manera constante va realizando poco a poco la gracia, tengo para mí que hay dos momentos en los cuales esa transformación se realiza de una manera especial, aunque por desgracia pasajera: esos dos momentos son cuando el sacerdote *consagra* y cuando los *fieles comulgan*.

Cuando el sacerdote *consagra* se transforma —por lo menos momentáneamente— en Cristo, pues de otra manera no podría decir: “*Esto es mi cuerpo*” y quedar así convertido el pan, no en el cuerpo del sacerdote, sino en el Cuerpo de Cristo.

Cuando un cristiano *comulga*, debe verificarse algo semejante a cuando se alimenta. Un alimento no nutre sino mediante una transformación o asimilación. El alimento material, por ser inferior al hombre, se transforma en la sustancia

del hombre. El alimento eucarístico, por ser infinitamente superior al hombre, transforma al hombre en Jesús.

Y lo haría de una manera definitiva y habitual, como en “*la Unión transformante*”, si encontrara al alma perfectamente dispuesta y sin obstáculo alguno. Por eso no es exagerado afirmar que una sola comunión bastaría *de suyo* para hacernos santos.

Si no lo hace no es por falta de virtud en la comunión, sino por falta de las disposiciones necesarias en el que comulga. Los pecados veniales de los cuales no nos arrepentimos, el afecto al pecado venial, los defectos no corregidos, las imperfecciones, las virtudes no ejercitadas en un grado perfecto, en una palabra, la falta de una plena purificación del alma, impiden en mayor o menor grado esa transformación.

Pero, por lo menos en el momento mismo de la comunión, esa transformación debe verificarse de alguna manera. Un ejemplo nos lo podrá hacer comprender mejor: si acercamos el fuego a un leño perfectamente seco, arde y sigue ardiendo por sí sólo, aunque retiremos el fuego que lo inflamó; pero si lo ponemos en contacto con un leño verde, arde, por lo menos en los momentos en que está en contacto con el fuego; pero cuando éste se retira, aquél se apaga.

¡Oh, si supiéramos aprovechar ese momento en que el fuego divino incendia nuestra alma!

* * *

¿Qué debemos hacer para aprovechar ese momento culminante de nuestro día?

Ante todo, abrumados bajo el peso de la majestad de Dios que se digna visitarnos, debemos anonadarnos en una profunda y silenciosa adoración, en esa adoración que no es algo distinto del amor, sino más bien la cumbre del amor.

Sólo a Dios podemos amarlo hasta la adoración: *Adoro te devote latens Deitas! — ¡Rendidamente te adoro, oh Divinidad occulta!*

Este silencio de anonadamiento es más elocuente que todos los discursos humanos; es el silencio que habla —*silentium loquetur*—; el silencio que es la suprema alabanza de Dios —*silentium laus tua!*—.

Cuando dos seres que se aman y después de muchos años de ausencia se vuelven a ver, al encontrarse se abrazan en silencio... Es que toda palabra en esas circunstancias es demasiado tosca para expresar su amor: el silencio lo declara mejor.

Cuando Magdalena perfumó con sus lágrimas los pies de Jesús, no dijo una palabra... Cuando el discípulo amado se reclinó sobre el pecho de Jesús, guardó silencio... Cuando Jesús se esconda en nuestro corazón por la comunión eucarística, ¿qué mejor que adorarlo, amarlo, estrecharlo en silencio?...

J. G. TREVIÑO, M. Sp. S.



ELEVACIONES DEL ALMA

II.—ELEVACION DE AMOR.

(Continúa)

AHORA bien, la oración, el trato con Dios, se tiene que ir perfeccionando constantemente en la vida espiritual. Como pasa con el trato que se tiene con una persona aquí en la tierra: cuanto más se le trata, más se le estima y más confianza se le tiene. sobre todo cuando es digna de nuestro amor y de nuestra confianza.

Dios es infinito en su belleza, y en su majestad, y en su bondad, y en todos sus atributos. Cuando empezamos a tratarlo, se enciende el amor en nuestro corazón; y cuanto más lo tratamos, lo amamos más.

De manera que cuando vamos caminando por esos senderos, vamos subiendo siempre; cada día nuestro amor es más grande, cada día nuestra oración es más divina y más perfecta.

Quisiera que se grabara en el espíritu de mis lectores este pensamiento fundamental: *la vida espiritual es una escuela de amor y de trato con Dios*. Tenemos que tratarlo siempre. Cada día debemos amarlo más y cada día nuestro trato debe ser más íntimo, más exquisito, más perfecto.

De antemano quiero prevenir una objeción, porque quizá pudiera alguien decir: por lo que llevo de vivir la vida espiritual, no resulta ser así como se acaba de decir; sino que en la vida espiritual pasa lo que en la vida humana: hay días nublados y días espléndidos; hay días deliciosos en que parece que sentimos a Dios y que nos comunicamos con Él y otros días en que parece que Nuestro Señor se nos pierde... De manera que hay altas y bajas; no es una ascensión constante.

Pero contesto: hay altas y bajas en cuanto a lo sensible, pero no se puede medir, no se debe medir la oración por el sentimiento. De manera que no se necesita sentir para que

la oración esté bien hecha, ni el grado del sentimiento marca el grado de la oración. Tiene otras normas.

Pero en el fondo, si somos fieles a la gracia de Dios, siempre subiremos, siempre se irá perfeccionando nuestra oración.

Porque debemos saber que hay distintas formas de oración. Muchas veces se piensa, sobre todo a los principios, que la oración es igual para todos, que hay un cartabón en donde todos deben entrar.

No, en la vida espiritual no suele haber cartabones. San Juan de la Cruz dice que apenas hay un alma que en la mitad de su camino se parezca a otra. Y en efecto, no todas las almas oran de la misma manera. Hay una grande variedad en la oración.

* * *

Hay algunas formas de oración o modalidades de la oración que dependen de circunstancias individuales; por ejemplo, la mentalidad y el temperamento de cada quien influye mucho en la oración.

Hay almas intuitivas. Santa Teresa del Niño Jesús es un tipo de ellas. Probablemente esta santa nunca tuvo propiamente oración discursiva, o si acaso la tuvo, debe haber sido con un matiz especial, porque ella era intuitiva; con una mirada veía todo.

Hay otras almas en las cuales la imaginación predomina; otras en que se ve claramente el predominio de la razón... Esas son circunstancias o condiciones especiales e individuales de cada persona, y no significan precisamente un perfeccionamiento en la oración.

Pero lo cierto es que hay esas formas de oración que son características de las distintas etapas de la vida espiritual. De tal manera que en un sentido se podría decir: "*Dime cómo oras y te diré quien eres espiritualmente*". En otras palabras: se puede determinar la etapa de la vida espiritual en que va un alma por su manera de orar. Nada más que esto no lo puede determinar sino un director muy perito, y muchas veces ni él mismo acierta con toda exactitud a decir que el alma va en tal o cual etapa.

Pero lo cierto es que hay una relación íntima entre las distintas etapas de la vida espiritual y las distintas formas de oración.

Cuando un alma es fiel a la gracia de Dios, va subiendo por esta escala. Su vida es verdaderamente una columna de humo formada por los perfumes del incienso...

* * *

Primero la oración es discursiva, de tal manera que se discurre, a la manera como discurre en otras cosas nuestro entendimiento: analiza y estudia algún tema espiritual, y aquello le sirve para que se encienda su corazón en amor, para que nazcan afectos en su alma. Y luego, ve las resoluciones prácticas que de allí naturalmente emanan. Es la forma normal de proceder de nuestro entendimiento.

Imaginémonos, por ejemplo, a una persona que le agrada viajar. Se pone a estudiar en los libros algún país. Oye decir, por ejemplo, que el Brasil es hermosísimo, que tiene unos panoramas de prodigio, y empieza a ver grabados y a leer descripciones y aquello hace que le nazca el deseo de ir allá y, una vez enamorado de ese país empieza a discurrir cómo hará para reunir el dinero necesario y se pone a preparar las maletas y arreglar los boletos, para poder ir hasta aquella región tan remota.

Pues bien, una cosa por el estilo es lo que se hace en la vida espiritual. Por ejemplo, estudiamos a Nuestro Señor; por lo que la fe nos enseña, por lo que nos dice la Escritura, por lo que nos enseña la tradición, por lo que los autores espirituales y particularmente los santos nos dicen en sus escritos, nos vamos formando un concepto de Jesús: ¡lo vemos tan grande, lo vemos tan bello!

Y en nuestro corazón va creciendo el amor a Él, y deseosas nuestras almas de unirse con Él, buscan los medios más adecuados para esa unión; entonces vienen resoluciones dirigidas a lograr nuestro deseo de unirnos con Nuestro Señor.

Esa es la forma humana, diremos, de la oración.

Poco a poco, perfeccionándose aquella oración, se va simplificando de tal suerte, que llega un momento en que ya no se necesitan muchos discursos ni muchas consideraciones, sino que basta ponernos en contacto con Nuestro Señor, y una palabra, un pensamiento, la cosa más pequeña, basta para encender el amor en nuestros corazones. Entonces se discurre poco y se ama mucho. La oración se ha hecho *afectiva*.

Y todavía ésta se va simplificando cada vez más, porque —¿quién había de pensarlo?— cuanto más simple es la oración, suele ser más perfecta.

Luego, el Espíritu Santo toma la dirección de nuestra alma, cuando se ha llegado a cierta etapa de la vida espiritual; y entonces empezamos a dejar la oración de tipo humano, para empezar la oración de tipo divino.

Y por esa escala se va subiendo, subiendo, hasta llegar a esas cumbres en donde la vida se convierte en oración y donde la oración es un cielo anticipado...

LUIS M. MARTINEZ,
Arzobispo de México.



El Espíritu Santo y la gracia

— IX —

V EAMOS ahora cada Don brevemente.

A la virtud de la fe corresponde el Don de entendimiento.

Por la fe admitimos las verdades que Dios nos revela, por ser Él verdad suma que no puede engañarse ni engañarnos.

Por el Don de entendimiento las verdades que la fe nos revela se aclaran. Cuando buscamos por el campo una antigua vereda que hace años ha dejado de ser transitada, la encontramos casi borrada por las hierbas que han brotado del suelo; pero si con instrumentos se limpia el camino quitando las hierbas, quedará claro y patente, y no habrá peligro de extraviarse. Algo de esto hace el Don de entendimiento.

Las pasiones amontonan sombras y amenazan oscurecer la mente; el Don de entendimiento penetra las verdades sobrenaturales y hace que la mente las vea tan luminosas que la fe, lejos de bambolearse, se afianza más y más.

Además, este Don, aunque deja que los misterios sigan siendo misterios, hace ver conveniencias tan íntimas y secretas, que el alma se embriaga de claridades súbitas y repentinas.

Cuando Cecilia, la joven romana, se desposó con Valeriano, le dijo: he hecho voto de virginidad y tengo un ángel que me guarda. El repuso: —Quiero ver al Ángel. A lo que ella replica: —Solamente que te bautices. Luego de bautizado ve la razón de la virginidad de Cecilia como consecuencia de la Virginidad de Cristo y de María.

Decía un general francés, De Sonis, un día de Pascua: *“Vengo de Misa... he escuchado el Alleluia... Parece que cada*

año asistimos al triunfo de Jesús... Con fe viva repito las palabras del Apóstol: *¿Dónde está, oh muerte, tu victoria?*"

* * *

El Don de sabiduría es el que nos hace conocer a Dios experimentalmente, lo hace sabroso a nuestro paladar espiritual y hace que con ese gusto juzguemos de todas las demás cosas. Este Don corresponde a la virtud de la caridad y es el Don de los contemplativos. El Don que hacía exclamar a los santos: "*¡Oh Bondad...! ¡Oh Bondad...!*"; y a San Francisco Javier: "*¡Basta, Señor, basta...!*"

A la virtud de la esperanza corresponde el don de temor, que hace al alma reverenciar a Dios y temer verse separada de Él.

No es el Don de temor, el temor servil que consiste en tener temor del pecado por miedo al infierno y a los castigos temporales.

Con cuánta frecuencia, en gentes preocupadas, nerviosas, tímidas, supersticiosas, la religión consiste en tener miedo a Dios, en cumplir ciertas prácticas porque Dios puede castigarlas.

El Don de temor es el temor que se halla en la caridad, porque el otro nunca puede estar con la caridad perfecta, la que echa fuera todo temor.

¡Qué temor de ofender en Santa María de Oña que estaba continuamente vigilando todas sus acciones para no desagradar en nada a Dios!

* * *

A la virtud de la prudencia corresponde el Don de consejo, por el cual el alma, movida por el Espíritu Santo, ve sin esfuerzo los medios que puede emplear para un fin; luego el Espíritu Santo por ella elige y Él mismo mueve a la ejecución de lo determinado antes.

Con cuánta frecuencia el Espíritu Santo ilumina para aconsejar en casos difíciles. Decía un sacerdote, —director de almas a quien muchas gentes consultaban en casos difíciles—, que a veces sucedía hallarse perplejo, no sabiendo qué responder en asuntos complicados. Citaba para otro día a la persona interesada y se encomendaba a Dios. Al día siguiente por la mañana, cuando menos pensaba, al presentársele la persona, él decía de repente la solución sin que viera la razón de lo que decía y el tiempo confirmaba lo acertado de aquella solución.

¡Si supiéramos nosotros mismos y los padres de familia cristianos lo que el Espíritu Santo inspira en cosas difíciles

cuando nos hallamos en un laberinto y no hay por donde salir con acierto!

A la virtud de fortaleza corresponde el Don de fortaleza por el que el alma es impulsada por el Espíritu Santo a los grandes sacrificios, sobre todo al sacrificio de la propia vida para atestiguar la verdad.

Este Don tiene dos actos: padecer cosas duras y emprender cosas difíciles.

No ha sido otro que el Don de fortaleza el que ha llevado a Santa Felicitas, una de las dos hermanas mártires de Cartago, a pronunciar aquellas palabras de un heroísmo y de una comprensión profunda de la gracia.

Al quejarse de los dolores que sentía al aproximarse el alumbramiento de su hijo en la cárcel, le dijo el verdugo: —¿Y cómo podrás entonces sufrir los dolores del martirio que te espera? Y respondió: —¡Ahora sufro yo, pero entonces Cristo sufrirá por mí y yo sufriré por Él!

A la justicia corresponde el Don de piedad por el que el Espíritu Santo inclina al alma a ver a Dios con amor filial; a honrar a nuestros padres y superiores, como participantes de la autoridad paterna de Dios; a todos los que son nuestros parientes según la carne, como a hermanos y aun a todos los hombres como a hijos del mismo Padre Celestial.

Brilló este Don de manera particular en Santa Teresa del Niño Jesús y se mostró en la exquisita confianza que la animó en su vida.

A la templanza corresponde el Don de ciencia. Todas las cosas vistas a la luz de la eternidad tienen poco valor y por eso el alma se desprende de ellas.

San Francisco de Asís dice lo que valen las cosas de la tierra; San Juan de Dios busca el desprecio en las calles de Granada; San Juan de la Cruz acepta ser tenido por religioso inepto.

En Cristo Nuestro Señor descansó el Espíritu Santo con todos sus Dones desde el principio.

Para Él fué el ser movido por el Espíritu Santo el estado habitual, en Él no hubo ejercicio preparatorio de virtudes ni etapas diferentes de santidad.

El Evangelio advierte que el Espíritu Santo lo llevó al desierto para ser tentado. Y San Pablo afirma que en la Cruz se ofreció por el Espíritu Santo. No sólo en los momentos solemnes de su vida, o en los hechos capitales, en todo fué movido Jesús por el Espíritu Santo.

A veces, sin embargo, queda la impresión de que en Cristo Nuestro Señor no hay momentos o hechos que tengan relieve en su vida.

Realmente en los santos, después que han subido, se advierte la diferencia según las etapas; pero en Jesús, donde todo era

armonía y donde ni por un instante faltaba la acción del Espíritu Santo, no se advierten las brusquedades sombrías de lo humano y de lo violento.

En la Santísima Virgen los Dones del Espíritu Santo no se revisten del brillo externo que los adornan en la obra evangelizadora y en el martirio de los Apóstoles. Pero, ¡qué profunda acción la del Espíritu Santo en Ella! Es la acción callada del agua tranquila que se embebe en la tierra y la engalana con frutos, más honda y certera que la acción del torrente que con hacer más ruido penetra menos en el suelo.

¡Qué bello es el trabajo divino en el alma! ¡qué gloria y qué seguridad ser movido por el Espíritu Santo!

¡Que nuestra fidelidad a la gracia nos disponga a ser dóciles a la acción del Espíritu Santo por sus Dones!

¡Oh, si llegáramos a vivir muy a menudo bajo la acción divina, cómo cambiaría nuestra vida y cómo florecerían las virtudes hasta alcanzar el heroísmo!

TARSICIO ROMO,

M. Sp. S.



P E N T E C O S T E S

REVISTA MENSUAL

Dirigida por los Misioneros del Espíritu Santo.

ORGANO DE LOS APOSTOLADOS DE LA CRUZ Y DEL ESPIRITU SANTO

3ª Epoca

Número 70

1º de Octubre de 1950

DIRECTOR RESPONSABLE: J. G. TREVIÑO

Apdo. N° 1580. Ofic.: Madero 42-31. Tel. 35-00-99, México 1, D. F.

Suscripciones: por un año \$ 1.25. Número suelto \$ 0.12. En el extranjero: Dlls. 0.25. A los Agentes les hacemos descuentos especiales. A la persona que nos coloque 5 suscripciones, pago adelantado, le obsequiamos una por un año.

De Licentia Ordinarii - Superiorum Permissu - Propiedad literaria y artística aseguradas

Registrada como artículo de 2ª clase en la Oficina de Correos de México,
el 27 de abril de 1937.



La Alegría de amar a Dios es una Alegría de la Voluntad

ESTE gozo de fondo, este gozo sustancial no es necesariamente sentido y saboreado, porque ante todo es una alegría de la voluntad.

No veo a Dios ni lo siento, a menos que Él quiera revelarse a mi alma y hacerle gustar su presencia; pero no tiene esta bondad, sino cuando lo juzga útil para mi bien.

Pero mi alegría de amar a Dios no tiene necesidad de ser un gozo de sentimiento, una dulce alegría que conmueva el corazón; porque radica esencialmente en la voluntad.

Si no veo a Dios, si no lo siento, sé sin embargo que existe, sé que me ama y me regocijo en mi voluntad porque lo sé.

Cuando mi alma está en la oscuridad, le digo a Dios: "No te veo, no te siento; pero sé que existes y sé todo lo que eres en Ti mismo y para mí. Y por eso te amo; y por amarte me lleno de alegría.

Mi voluntad está fija en Ti y es inmutable en Ti. Por encima de todo, estoy alegre porque te amo con toda mi voluntad. La uno a la tuya para que con ella no haga sino una sola voluntad...

¿Qué podría separarme de Ti? ¿Quién podría arrancarme de tu mano, a la que estoy asido gozosamente? Porque mi voluntad y mi alegría es que seas para mí lo que eres y que hagas conmigo lo que haces.

No tengo ni puedo tener otra voluntad que la tuya. Por eso, toda mi alegría está en amarte como eres en Ti mismo, y como eres para mí".

ALEGRÍA DE TODOS LOS INSTANTES

Mi gozo de amar a Dios es de todos los instantes, de los felices y de los dolorosos; es decir, mi alegría es perpetua, porque nunca estoy sin Dios. Lo cual proviene de que la gracia santificante me hace partícipe de la naturaleza divina.

Por la debilidad humana, por mis deberes de estado y de sociedad, no me es posible pensar siempre y actualmente en Dios; sin embargo, mi alegría de fondo perdura, no me deja un momento y preside todos los instantes de mi vida humana. Basta que dirija una mirada a mi interior, para que la experimente.

Veo a Dios en todas partes, como Él mismo me ve. Es mi perpetuo testigo, de manera que vivo constantemente bajo su mirada; por consiguiente, tengo la gran alegría de que mi vida se pasa bajo la mirada de Dios.

Mi vida está manifiesta y clara a sus ojos y me regocijo de no ocultarle nada de lo que pasa aún en los últimos repliegues de mi alma; que sepa todo y que juzgue todo. Para Él no hay ningún secreto en mi corazón; todo lo ve, lo bueno y lo malo.

Esta es una íntima alegría de mi alma. En Él tengo puesta toda mi confianza; de mis miserias, Él tiene compasión; mis arranques e impulsos hacia Él, Él es quien los excita. Entonces, todo está bien. Estoy contento de que me vea como soy: de no tener vida, fuerza, alegría, sino por Él.

MI ALEGRÍA DE AMAR A DIOS SOLO

Mi gozo está en amar a Dios sólo; porque sólo Dios es por sí mismo amable; sólo Dios es capaz de ser amado por todo lo que es, sólo Él es toda amabilidad y nunca llegaré a amarlo, ni aún en la visión beatífica, tanto cuanto es amable. Por consiguiente, mi alegría de amarlo no tiene límites; puedo avanzar siempre en la amabilidad de Dios. De esta manera puedo progresar sin fin en el amor y en la alegría: es una dicha infinita.

Amo a Dios hoy, y tengo una gran alegría en amarlo; porque mi alegría es una consecuencia de mi amor. Y mañana si mi amor es más grande, más grande será también mi alegría.

¡Tomad y comed, la mesa está servida! Todos pueden saciarse, porque jamás se agotará el pan de la amabilidad, que en este banquete es el pan de la alegría, a todos ofrecido y brindado.

Tengo, pues, para mi corazón —ese corazón tan miserable y tan grande; tan miserable por sí mismo, tan grande, por el objeto de su amor—, una fuente de alegría inagotable, que es la amabilidad infinita e inmutable de Dios. Todo esto lo sé cuando lo amo y mi alegría, aún sobre la tierra, es inefable.

Me digo a mí mismo: amando a Dios, amo lo que es más amable, lo único amable. Por consiguiente, mi alegría de amarlo tiene una base tan sólida como la misma amabilidad de Dios.

P. MORTIER

La casulla que borda mi madre

[LA Virgen María era buena tejedora y tejióle la túnica inconsútil que Cristo vistió en el momento supremo de la Cena y de la Cruz... La primera túnica sacerdotal fué, pues, obra de las manos de una Madre, de la Sma. Virgen...

También mi madre sabe bordar. Y desde que Dios me llamó al sacerdocio, empezó a trabajar en la casulla de primera Misa. Sus manos se mueven rápidas, y...

—¿Qué estás bordando, madre?

—Bordo *hilos blancos*... ¡mis cuidados! Cuidé tu inocencia de niño. Respondí antes que otros al candor de tus preguntas. Cuidé de tus lecturas de adolescente, arrojando de mi casa todo lo malo o menos bueno. Cuando fuiste joven y comenzaste a salir a todas horas, mi mirada te despedía y te animaba a vencer las tentaciones de la calle; y mi mirada te recibía al volver, y limpiaba tu corazón del polvo imperceptible del camino...

Hoy, gracias a Dios, la misma Reina de las vírgenes cuida de ti, hijo mío...

—¿Qué estás bordando, madre?

—Bordo *hilos rojos*... ¡mis dolores! Sufrí al darte al mundo, sin pensar que mi sufrimiento daba un sacerdote a mi Señor. Sufrí mis temores de madre solícita. Cuando empezaste a caminar, temí que te lastimaras. Cuando empezaste a alimentarte con un alimento que no era el mío, temí que enfermaras. Y siempre temí que murieras antes de hacer algo grande por tu Dios.

Hoy, gracias a Dios, la misma Reina de los mártires, cuida de ti, hijo mío...

—¿Qué estás bordando, madre?

—Bordo *perlas*... ¡mis lágrimas! Lloré al verte partir, pero de una mezcla indefinible de pena y de gozo, y pude decirte sinceramente lo que sentía: lo que la Virgen al despedir a su Hijo. Lloré a veces, es verdad, mi soledad; pero sin el remordimiento de haberle negado al Señor el hijo que me pedía...

Y hoy siento a mi lado a la Reina de los confesores, que me anima a proseguir mi bordado...

—¿Qué estás bordando, madre?

—Bordo *hilos dorados*... ¡mis oraciones! Pedía al Señor que te hiciera feliz y te llevó consigo. Ahora le pido que te haga bueno, sabio, santo. Le pido que te perdone tus pequeñas faltas... Y a la Virgen Madre le pido que me conserve la vida hasta que pueda besar tus manos consagradas y recibir de ella el primer *Pan transustanciado* por ti, hijo mío.

—¿Qué estás bordando, madre?

—Bordo, hijo mío, la casulla de tu primera Misa...

M. A. FIORITO, S. J.



Princeton Theological Seminary Library



1 1012 01458 1542

FOR LIBRARY USE ONLY.

FOR LIBRARY USE ONLY

